

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAIS

DE

GÓRDOBA.

ÓRGANO OFICIAL DE LA MISMA.

AÑO III.

30 DE ENERO DE 1877.

NÚM. 29.

SUMARIO.—El Comercio de libros.—II.—Dictámen emitido por la comision nombrada para analizar un jarabe de quina ferruginoso presentado por D. Manuel García Arévalo, farmacéutico de Dos Torres.—Con este número se reparte el pliego 13 de los trabajos inéditos de la Academia de ciencias.

EL COMERCIO DE LIBROS.

II.

El cristianismo despuntaba ya en el mundo y era llamado á hacer una verdadera revolucion en el comercio de libros. Al mismo tiempo iba decayendo la literatura latina, y desapareciendo, por consiguiente, la aficion á la lectura. Pero las iglesias cristianas necesitaban conservar y difundir escritos religiosos, y los copiantes hallaban fácil colocacion cerca del clero, y sobre todo, mas tarde, en los monasterios.

Dejó de existir el verdadero comercio de libreria; pero no desaparecieron los libros, ni quedó paralizada su confeccion. A medida que la religion cristiana se propagaba, los escribientes crecian en número, la fabricacion del pergamino se perfeccionaba, y los libros tomaban la forma actual de hojas foliadas y cosidas, formando tomos cuidadosamente encuadernados.

La habilidad que llegaron á tener muchos copiantes daba á los libros un valor que todavia apreciamos en alto grado en el dia. Riquísimas portadas de colores, iniciales miniaturadas, rasgos caligráficos, letra bellísima, clara y uniforme, tinta indeleble y de una fijeza que los tiempos no han desmentido, todo entonces contribuia á hacer de un libro una verdadera alhaja, que se vendia á crecido precio y mediante contrato escriturado, como si se tratara de una finca.

No es estraño, pues, que los libros anduviesen tan escasos por los tiempos de la edad media, si con tal detenimiento se pin-

taban y escribian. En el siglo X varios monasterios de España poseian en comun un solo ejemplar de la Biblia y otro de las cartas de San Gerónimo. El abate Leboeuf cita una coleccion de homilias, por las cuales se dieron en el siglo XI dos mil carneros y tres moyos de trigo. Aun en tiempos mas inmediatos al descubrimiento de la imprenta, los libros escaseaban mucho. Habiendo legado un particular, en 1406, á una iglesia de Paris un Breviario para el uso de los sacerdotes pobres, se resolvió guardarlo en una caja de hierro, cual una alhaja. En el inventario de los libros de Juan de Francia, Duque de Berry, hecho el año de 1416, se tasó una biblia en dos tomos, en cuatrocientas libras tornesas, y un Tito Livio ricamente encuadernado en ciento treinta y cinco libras.

Sin embargo, ya hacia entonces mucho tiempo que los libreros habian reaparecido en el mundo, renaciendo con ellos el comercio de los libros. En 1275 se habia concedido á la Universidad de París la facultad de no abrar una comision privilegiada para organizar la librería, como especulacion mercantil. Esta comision se compuso de treinta personas, á saber: veinte y cuatro libreros, dos encuadernadores, dos iluminadores y dos escribientes jurados. Cada miembro tuvo la obligacion de prestar una fianza y de someterse á condiciones onerosas. Por ejemplo, todos los manuscritos que pasaban por las manos de algun individuo de la comision tenian que sufrir una censura rigurosa; las operaciones comerciales eran intervenidas por cuatro delegados de la Universidad, y se ponía tasa á los libros que lo requerian.

Dicen algunos que en París llegó á haber seis mil personas empleadas en copiar, encuadernar é iluminar.

La invencion del papel vino despues á

dar nuevo impulso á la librería. Las copias comenzaron á multiplicarse; pero al mismo tiempo la concurrencia de escribientes iba haciendo perder á la escritura su belleza antigua, empezándose á introducir abreviaturas que dificultaban la lectura, y abarataron los libros. Entonces sucedió en la librería lo que ha acontecido en otras industrias, cuando la concurrencia ha sugerido ideas para trabajar mucho y en menos tiempo. Se inventó la imprenta.

Pero no era fácil entonces proveer la importancia de semejante descubrimiento. Los que en él pensaron, solamente debieron proponerse hallar el medio material de sacar muchas copias de un mismo libro con facilidad; y tan cierto es esto, que muchos de los primeros libros impresos que se vendieron, se daban como manuscritos, manteniendo el secreto del procedimiento.

Sabido es que la invencion es debida á Guttemberg, Fust y Schoeffer; en 1462 se imprimió en Maguncia una Biblia, de la cual trajo Juan Fust algunos ejemplares á París, despachándolos á sesenta escudos; despues fueron bajando de precio hasta veinte, lo cual llamó sobremanera la atencion, creciendo el asombro cuando se advirtió que todas las copias eran idénticas en todo, principiando todas las páginas con la misma linea [y todas las líneas con la misma letra. Juan Fust, considerado como autor de sortilegios, tuvo que huir de Francia para librarse de la hoguera.

Pero la imprenta dejó de ser un secreto, y bien pronto se difundió por todas partes. La hubo en Roma y Colonia en 1467; en Augsburgo en 1468; en Venecia y Milan en el año 1469, y en Nuremberg en 1470.

Los primeros ensayos habian comenzado en 1434, y la asociacion de los tres inventores se formó en 1455; de modo que no tardó mucho en desarrollarse, teniendo en cuenta las dificultades que hubieron de vencer y las circunstancias de unos tiempos en que se corria el riesgo de pasar por hechicero.

El primer libro que se hizo en España fué uno titulado *Trobes della Verge Maria*, que se imprimió en Valencia el año 1474; Sevilla y Zaragoza tuvieron imprenta en 1475; á Salamanca pasó diez años mas tarde; en Toledo se introdujo en el año 1486; en Barcelona en 1497, y en Madrid en 1499.

A fines del siglo XV ya existian en Europa mas de doscientas imprentas y se

habian hecho 14750 ediciones, segun el catálogo de Panzer: es verdad que entonces las tiradas eran muy cortas, pues no pasaban de trescientos ejemplares.

La imprenta, cuando comenzó á ser conocida, llamó la atencion de los hombres pensadores y despertó la aficion y el entusiasmo de las personas ilustradas. No hubo en los buenos editores especulacion, sino ambicion de ver figurar su nombre en correctísimas ediciones. No eran comerciantes, generalmente hablando, los que se dedicaban á la imprenta poco despues de inventada pero los antiguos escribientes, que hasta entonces habian vivido haciendo copias, tuvieron que entregarse á otro género de ocupacion y se dedicaron á corredores de libros, es decir, á servir de intermediarios entre el público y los editores.

Estos fueron poco á poco entrando en el nuevo género de comercio, poco conocido aun, que la imprenta creaba; pero conservando siempre un decidido apego á la bondad y á la correccion de las ediciones, y atendiendo mas á la cuestion de honra que á la de especulacion.

Los caracteres de impresion fueron perfeccionados en Venecia por el célebre editor Nicolás Jenson; Mauncio, Verardo, Vostre Frobeu y otros dejaron ilustres recuerdos en tipografía.

La imprenta, como negocio mercantil, tomó gran desarrollo, sobre todo con los privilegios que varios monarcas le concedieron. Durante los primeros 30 años del siglo XVI se hicieron en Europa 17779 ediciones y algunas de libros muy grandes. Habia ya establecimientos con 14 prensas y 250 operarios. Entre las obras que á principios del citado siglo llamaron la atencion en Europa, figura la famosa Biblia poliglota en seis tomos, impresa en Alcalá á todo costo de orden del Cardenal Cisneros, por Arnoldo Guillermo de Brocar. Los manuscritos vinieron hasta del Vaticano y la impresion duró quince años.

Lo que prueba cuan protegida debió verse la imprenta de todo el mundo, es la manera con que entonces se procedia á la publicacion de obras costosísimas. La suscripcion no era conocida; habia necesidad, pues, de adelantar grandes capitales antes de poder entregar al público libros de gran volumen y de crecidos gastos, y esto no es posible hacerlo sin contar con apoyos entusiastas y poderosos.

Pero al mismo tiempo que la imprenta se veía protegida, se iba conociendo ya su potencia y su fuerza, y no tardaron los gobiernos en reglamentarla, sometiéndola á condiciones especiales, exigiendo la censura, la licencia y entre nosotros la tasa. En Francia se limitó el número de imprentas y el de librerías y se exigió á los impresores que supiesen griego y latín.

El arte de la tipografía no conocía todavía el periodismo, y llegó por lo mismo á la perfección, si no por la belleza de tipos, al menos por su claridad, y sobre todo por la corrección. Se trabajaba despacio, se hacían obras monumentales, y solo de vez en cuando aparecían impresiones populares. Creese que Joaquín Ibarra, el célebre impresor español del siglo XVIII, fué el primero que empleó el satinado del papel. Sus bellísimas ediciones del «Salustio, del Quijote, de la Biblia y de la Historia de España» pueden citarse como productos del arte, al lado de las mejores ediciones modernas hechas en las prensas perfectas.

En los tiempos modernos, el negocio de libros ha tomado un carácter especial de que nos ocuparemos en los artículos siguientes.



Dictámen que ha emitido la comisión nombrada por la sociedad económica, para analizar un jarabe de quina ferruginoso presentado por D. Manuel García Arévalo Hijosa.

Designados por acuerdo de la sociedad, en sesión celebrada el 19 de Noviembre último, para practicar el análisis cualitativo de un jarabe titulado de quina ferruginosa, y emitir el correspondiente dictámen; deber nuestro es, verificado dicho análisis, detallar todo lo posible los medios de investigación empleados y consignar por lo tanto el resultado obtenido.

Sus caracteres físicos ú organolépticos fueron el objeto de nuestro examen primero; puesto que nos habían de prestar poderoso auxilio para entrar después en el procedimiento analítico de sus caracteres químicos, y unos con otros servirnos de fundamento á dictar nuestro humilde juicio.

En efecto: observado detenidamente, presenta gran diafanidad como consecuen-

cia de una esmerada filtración y de la homogeneidad completa en todo el líquido; por su color dorado, se deduce que es propio de un jarabe de quina ferruginosa; el olor vinoso, es característico de un jarabe de quina bien preparado; su sabor ligeramente amargo y ligeramente atramentario, acusa la existencia de quina y hierro; y su consistencia siruposa, indica el empleo de cantidades proporcionales de azúcar, á obtener un jarabe en frío perfectamente elaborado; únase á esto sus buenas condiciones de envase, y desde luego puede asegurarse que permanecerá por mucho tiempo inalterable: hay necesidad de tener en cuenta estas minuciosidades, porque son indispensables para que la medicación conserve siempre sus propiedades, y pueda producir constantemente la acción terapéutica que le ha sido designada; porque de nada serviría inventar como excelente una preparación que contuviera sustancias universalmente reconocidas por su eficacia y hasta específicas de ciertas enfermedades, si no hubiera de estar hecha y conservada con sujeción á los conocimientos científicos que se requieren; puesto que, ó había de surtir efectos incompletos ó nulos, y pocas veces los que la ciencia le tuviera señalados, ó su acción fisiológica sería distinta de la que debiera ser; por el contrario, si aparte de la pureza en las sustancias, tenemos un preparado perfecto, casi siempre habrá motivo para estar seguros de que su manera de obrar en el enfermo sea la establecida.

Hecho un análisis comparativo entre este y el jarabe de quina de nuestras oficinas, haciendo abstracción de la sal ferruginosa que se percibía en su sabor, no ofreció carácter particular que lo distinguiera, antes bien, confirmó la opinión de que el jarabe objeto de ensayo, considerado hasta aquí bajo sus caracteres físicos ú organolépticos, estaba confeccionado con esmero y perfección.

Al examinarlo en cuanto á sus caracteres químicos, nos dirigimos en primer término á la averiguación de la existencia de la quina, y de su calidad; porque no nos incumbe una cosa sola, sino ambas á la vez; no solo buscamos la sustancia que se dice contener el jarabe para cerciorarnos de ello y dar de ello seguridad, comprobados que fueran los caracteres físicos

que le hemos asignado, sino tambien, si aquella es de las mejores suertes, y si responderá ó no á sus empleos terapéuticos; y esto es de la mayor importancia, porque tanto vale una buena eleccion, cuanto que de ella depende las mas veces la eficacia del medicamento y por consiguiente el alivio ó curacion del paciente.

Están reconocidas en las quinas diversas propiedades, segun la clase á que pertenezcan, los principios que en ellas predominen, y el uso á que se las dedique; en todas las officinas ha observado el análisis cantidades mayores ó menores de unos mismos principios, y por esto pudiera empleárselas indistintamente en el número de enfermedades á que se aplican; pero como quiera que se haya resuelto aprovechar el principio dominante en cada una de ellas, para combatir el padecimiento en que aquel tuviera preferente indicacion, de ahí que sean destinadas unas á producir efectos, que otras no habrian de surtir en la intensidad que fuera de desear; unas y otras son tónico-neurosténicas y febrífugas, pero en unas su principio es febrífugo por excelencia, y en otras lo es tónico; de ahí que sean usadas unas con predileccion á otras para las dolencias peculiares de cada una de ellas: ahora bien; la accion principal que en el jarabe de quina se desea aprovechar, es la tónico-neurosténica, debida á la quina de Loja que entra en su preparacion, por contener esta mas principio aromático, mas tanino y mas partes solubles que las demás; á poner de manifiesto sus caracteres, y á comprobar si existe esta quina de Loja en el jarabe que nos ocupa, se encamina el análisis químico.

Convenientemente dispuesto el líquido objeto de ensayo, fué tratado sucesivamente por los reactivos agua de cloro y amoníaco, y no obstante haber sido repetido de nuevo, no determinó coloracion alguna; usando del ácido sulfúrico concentrado, permaneció en su color natural, pero colocado al fuego se manifestó una apenas perceptible coloracion pardo amarillenta, que teniendo presente la cantidad con que se operaba, no habia de ser mayor, mas sí la suficiente á caracterizar la cinchonina y quinina inherentes á la buena quina empleada; y como en estas reacciones el carácter distintivo del primero de los alcalo-

loides, haya resaltado mas, fácilmente se esplica que sea quina de Loja la usada, porque en ella tiene predominio la cinchonina.

Comprobada así la existencia de la quina de Loja, falta solo patentizar el hierro que se cree contener; á este fin, se hizo reaccionar con el cianuro ferroso potásico, y al cabo de cierto tiempo tomó el líquido una coloracion azul-verdosa; mezclándole sulfuro-potásico disuelto, determinó la formacion de un abundante precipitado negro; ensayado con el amoníaco, dió un color rojo débil; cuyas reacciones todas dan á conocer que hay en el jarabe una sal férrica íntimamente unida y en proporciones adecuadas; y no advirtiéndose precipitado de cincotánato ferrico-insoluble, por la accion que ejerce el ácido cincotánico de las quinas con las sales férricas, añade á sus propiedades tónico-neurosténicas la de ser reconstituyente por hallarse en aptitud de prestar hierro á la economía.

Nos hemos detenido en examinar sus caracteres químicos, porque con una precision matemática tal, que no dan lugar á error, ponen de manifiesto lo que el organo mas sensible y experimentado no puede percibir, pero que aquí como vemos han servido de comprobante los unos á los otros.

En virtud del análisis hecho, y habiendo evidenciado por él, no solo que el jarabe está perfectamente elaborado y acondicionado, sino que tambien contiene las sustancias que espresa su título en cantidad conveniente, y además se encuentran en íntima union, vencidos hábilmente los obstáculos que á ello se oponen, lo creamos un medicamento recomendable por sus propiedades tónico-neurosténicas reconstituyentes, y á su inventor lo consideramos con opcion al uso de las armas ó escudo de la sociedad, que podrá colocar en la etiqueta del frasco que contenga dicho jarabe.

Proponemos á la alta ilustracion de la Sociedad, que con arreglo á sus estatutos, conceda al autor del jarabe de quina ferruginoso el premio mencionado.

Córdoba diez y nueve de Enero de mil ochocientos setenta y siete.—Mariano Montilla.—Ventura Dávila Leal.

Imp. y litog. del *Diario de Córdoba*.

San Fernando 34, y Letrados 18.